

PRESENTACIÓN

Cuando se habla de China en nuestros países occidentales surge una polémica inevitable. ¿Es un sistema comunista o marxista, o es sencillamente capitalismo? El fenómeno chino pilló con el pie cambiado al discurso neoliberal dominante en Occidente. Décadas de martilleo han logrado implantar el consenso sobre que el Estado es un mal gestor y que la iniciativa privada es la que crea riqueza. A partir de esto, como mucho surge alguna izquierda que defiende dotar a los Estados de alguna competencia para redistribuir esa riqueza. No queda sitio para una lectura ideológica diferente.

Entonces irrumpe China en el siglo XXI, y bajo un Gobierno del Partido Comunista logra el mayor avance de desarrollo económico del mundo. Los neoliberales, dado que es inevitable reconocer el éxito económico del país asiático, argumentan que su triunfo es debido a que no es comunista, sino capitalista; igual que aducen algunos ortodoxos de la izquierda. Pero la realidad es que, en China, la política económica la decide el Partido Comunista chino, y eso no es precisamente una característica del capitalismo.

Por lo tanto, ¿qué hay de marxismo en el sistema chino?, ¿qué hay de capitalismo?, ¿quién toma allí las decisiones y de qué manera?, ¿cómo ha evolucionado el modelo chino desde los tiempos de Mao? Todas esas preguntas, y muchas más, son las que responde Xulio Ríos en este nuevo libro de la colección A Fondo, *Marx & China. La sinización del marxismo*.

Ríos es, con seguridad, el mayor experto sobre China en lengua hispana. Es asesor emérito del Observatorio de la Política China y de Casa Asia. Forma parte también de consejos científicos y comités de redacción de diversas publicaciones sinológicas.

Profesor y consultor de varias instituciones universitarias de España, China y América Latina, es autor de más de una quincena de títulos sobre el tema. El que sostiene en sus manos es el segundo libro sobre China que publica en nuestra colección (el anterior es *Bienvenido, Mister Mao*, publicado en 2014).

Lo primero que se necesita para comprender China, y este libro, es sacudirse muchos de los prejuicios que mantenemos en el mundo occidental, prejuicios hacia China y hacia el marxismo. Xulio Ríos nos recuerda que el marxismo chino es un modelo en construcción permanente, cuyas contradicciones a menudo suscitan desconcierto. Y añade:

El marxismo occidental está influenciado principalmente por la tradición filosófica europea y enfatiza la cultura, la filosofía y la crítica social, mientras que el marxismo chino presta más atención a la práctica y las condiciones nacionales específicas. Es importante tener esto en cuenta para partir de una actitud receptiva y abierta a la hora de comprender su trayectoria. Contemporáneamente, el marxismo chino enfatiza el liderazgo del partido y el sistema socialista con características chinas, mientras que el marxismo occidental presta más atención a la libertad individual y la participación democrática.

Nuestra obra, además de contextualizar los orígenes de la Revolución china, repasa cómo, desde la llegada al poder de Mao Zedong, el Partido Comunista de China y sus líderes han ido adaptando su especial concepción del marxismo a la realidad del país y de la situación política mundial. Recorremos así todo el periodo maoísta, las reformas y aperturas de Deng Xiaoping y la nueva era con Xi Jinping.

Ya desde el primer momento, Mao entendía que en las relaciones entre el campo y las ciudades, a diferencia de lo sostenido en los escritos marxistas más clásicos al privilegiar siempre el papel del proletariado urbano en las actividades revolucionarias, China debía apostar por el campesinado, porque este representaba la inmensa mayoría de la población y sólo en el campo se daban objetivamente las condiciones para promover la

revolución. Fue así, señala Ríos, que la revolución liderada por el PCCh estableció un camino singular que consistía en utilizar las zonas rurales para cercar las ciudades y conquistar el poder por la fuerza de las armas.

Otro elemento novedoso del sistema chino es que, a diferencia de otros modelos marxistas, no tiene un partido oficial, sino nueve. Aunque el PCCh tiene el monopolio del poder en gran medida, hay otros ocho partidos en una relación no de competición, como en Occidente, sino de cooperación. La tesis china es que en nuestro modelo liberal se pierde una gran energía social en el conflicto y la competencia entre los partidos, llegando a ser incluso destructiva. Con un poco más de autocritica y humildad, los occidentales reconoceríamos dicho caudal de energía perdido en la reyerta institucional partidista y cómo esta salpica la agenda mediática y el debate ciudadano.

El sistema chino, sin pretender dar lecciones ni servir de modelo a nadie, en lugar de considerar la democracia como una pugna periódica entre partidos, hace hincapié en la consulta continua y en las aportaciones de los distintos sectores de la sociedad.

La observación de cómo ha evolucionado el marxismo en China nos permite apreciar un tremendo salto. Hace treinta años parecía que China era el paradigma de los padecimientos del capitalismo: abusos laborales, desigualdades sociales, contaminación medioambiental... En unos años en los que el mundo capitalista ha estado atravesado de crisis financieras y de guerras –justificadas mediante la coartada de exportación de la democracia y la defensa de los derechos humanos–, el Gobierno del PCCh ha liderado lo contrario de la explotación capitalista que el mundo creía observar: ha acabado con la pobreza, ha mejorado las infraestructuras públicas, suavizado las diferencias sociales y avanzado en políticas laborales y medioambientales. Y todo ello rivalizando con EEUU en el puesto de primera potencia mundial en poder económico, productivo e influencia geopolítica.

Nada de eso ha sido casual, estaba todo premeditado y planificado desde la interpretación china del marxismo adaptado a su contexto. Por ello, esa percepción que teníamos en Occiden-

te de que bajo Deng Xiaoping China se precipitaba al capitalismo más salvaje estaba absolutamente equivocada. Como nos explica Xulio Ríos, los dirigentes chinos tenían muy clara su hoja de ruta marxista-leninista. Y para ello se necesitaba atravesar un largo periodo de desarrollo y prosperidad económica, el cual para ellos era una etapa primaria de socialismo, un paso necesario e imprescindible que nosotros, ingenuos, creíamos que era claudicación capitalista.

Ríos nos lo explica claramente: «El énfasis en la lucha de clases deja entonces de significarse como reflejo de la contradicción principal, para ceder esa posición al avance de la construcción económica para satisfacer la demanda social. No obstante, el PCCh reconocía entonces que era preciso mantenerse alerta contra la desviación derechista». Es decir,

la lucha de clases subsistirá por largo tiempo dentro de determinados límites, pero ha dejado de ser la contradicción principal. La prioridad es librarse de la pobreza y del atraso y transformar la economía para lograr el gran renacimiento de la nación china. Esto implica concentrar todas las fuerzas en la modernización del país, apuntando como criterio básico para la idoneidad de cualquier política si es o no favorable al desarrollo de las fuerzas productivas.

Había que lograr que personas y regiones progresaran antes para así lograr después la prosperidad común. Pero no nos confundamos, eso no era la teoría neoliberal del «derrame», según la cual la riqueza generada va llenando una copa, que pertenece a los ricos, empresarios, clase alta, y cuando esta se derrama la riqueza va llegando al resto de la población. En el modelo chino no se deja al *laissez faire* capitalista la distribución de la riqueza, hay un Partido Comunista chino y una hoja de ruta socialista que intervienen y la distribuye.

Mientras el mundo pensaba, y la izquierda occidental todavía más, que China había abandonado el marxismo, la realidad era que simplemente lo estaba adaptando a su idiosincrasia. Había entendido la necesidad de combinar métodos de competen-

cia empresarial para aumentar el desarrollo y la producción con un Estado que dirija la economía del país, apruebe planes quinquenales y someta a cualquier empresa o ciudadano, por multimillonarios que sean, al interés común.

Uno de los méritos de nuestro autor es descifrar la clave del marxismo chino y su estrategia política:

La experiencia china de la reforma indica que la introducción del mercado en la vida económica ha supuesto mayor vitalidad y vigor, acelerando el desarrollo. Hay una valoración positiva del estímulo de la competencia entre las empresas, de la optimización de la distribución de recursos, de la capacidad de reacción de modo sensible y rápido ante distintas señales, circunstancias todas ellas que desmentirían los prejuicios largamente anclados en cierto pensamiento marxista. Donde el mercado no llega o distorsiona, la planificación debe completar y equilibrar.

Es curioso, nuestro estereotipo chino es que lo copian todo, y precisamente lo que aprendemos de este libro es que su sistema, sus partidos políticos, su régimen de propiedad, su modelo de producción, su diplomacia geopolítica son excepcionalmente originales e inéditos.

El libro *Marx & China. La sinización del marxismo* no pretende hacer apología del sistema chino, mucho menos presentarlo como exportable para ningún otro lugar, su objetivo es ayudarnos a comprenderlo. Creo que disponer de herramientas para entender algo es lo más honesto y sublime a lo que puede aspirar un libro, y pienso también que Xulio Ríos lo ha conseguido. Sólo se necesita una cosa del lector, la humildad para quitarse las anteojeras occidentales y abrir la mente a otra cultura, otro modelo.

En cualquier caso, creo que China no necesita convencernos de nada; al contrario, somos nosotros quienes sí necesitaríamos aprender algo de ellos.

Pascual Serrano